

Editorial

Señalado como uno de los intelectuales más importantes del momento actual, tanto por Mark Zuckerberg y Barack Obama como por el mismísimo Roberto Calasso, Yuval Noah Harari asegura en su libro más célebre, *De animales a dioses / Breve historia de la humanidad*, que aquello que diferenció y dio ventaja al *Homo sapiens* con respecto de los demás *Homo* y de otras especies fue la creación de ficciones: mitos, dioses, creencias, reglas sociales y culturales. De ese modo, “[c]ualquier cooperación humana a gran escala [...] está establecida sobre mitos comunes que sólo existen en la imaginación colectiva de la gente.” Pensemos, continúa Harari, en “lo difícil que habría sido crear estados, o iglesias, o sistemas legales si sólo pudiéramos hablar de cosas que realmente existen, como los ríos, árboles y leones.”

Se trata de una “revolución cognitiva” que ha permitido a los sapiens “cambiar rápidamente su comportamiento y [...] transmitir nuevos comportamientos a las generaciones futuras sin necesidad de cambio genético o ambiental”, y todo a base de creer en ficciones. Esas transformaciones pueden sucederse rápidamente, por ejemplo, en una o dos décadas, en contraposición con los cambios biológicos, de evolución natural en términos darwinianos, que se dilatan a lo largo de miles de años –pero de cuyas leyes no estamos exentos los sapiens, y tal condición no hay que pasarla por alto–. Ficciones que no son mentiras –mentir es otra cosa–: dioses, espíritus, mitos, leyendas, fábulas, cuentos.

Y con esta reflexión celebramos la ficción literaria invitando a ocho grandes escritoras de nuestro país a que nos dieran no sólo *un* cuento, sino *el* cuento que más les gustara de todos los que han escrito hasta la fecha. Esta característica, si no bastara con la excelencia probada de las autoras, convierte nuestra súbita antología en una pequeña joya para coleccionistas.

Pero no comamos ansias; tenemos que empezar por el principio de nuestro número. La sección de poesía, **Concilio de luceros**, la abre nuestra adorada Sor Juana con uno de los tres poemas que conforman *Letras para cantar*, título con el que Francisco Monterde agrupó esas composiciones líricas y que con ser romances de tema filosófico-amoroso nos instan a que sin reservas, en este poema, demos salida libre a aquello “de lo que el corazón arde”, a expresar valientemente el dolor sentido por algún quebranto, pues más daño hace callar la pena que ocultarla aunque nos venza. Acto seguido y puesto “que su cuidado estima”, con ánimo semejante y como respondiendo al apremio de Sor Juana, Rosalía de Castro en su poema expresa que el mal de la melancolía –más bien, esa *saudade* tan particular de ciertos temperamentos– es parte sustancial de su ser, lo que hace latir su corazón, y que de intentar médicos y curanderos curarla, la matarían.

Si es cierto que todo lo gobierna el relámpago, como dijo Heráclito, entonces los dos siguientes poetas saben qué es eso que sólo un resplandor nos revelaría. Y

puesto que la naturaleza del relámpago y su revelación es ser efímeros ante la insípida eternidad –Borges bien advertía de “lo desdichados que seríamos si fuéramos inmortales”–, en el espacio sideral y su titilante “río de luciérnagas de los aztecas” del poema de Luis Cardoza y Aragón nos descubrimos, cual Lázaro resucitado, pugnando por el más puro y anónimo y fugaz de los goces, el que es posible sólo con el esqueleto y sus carnes y sus furias, con la conciencia y sus enigmas. Cada uno de veras vivo, sin querer “ser bíblico” –pues esta vida es de mortales, le dijo Rulfo a Borges, para después no andar “uno por ahí muerto haciendo como si estuviera vivo”–. Y con esa lúcida conciencia nos proyectamos hacia el espacio de intimidad sutil en lo doméstico del poema que nos regala Bruno Darío. Con él, en el “silencio más sensible”, esperamos a que acaezca el relámpago que revele –valga la paradoja– aun lo que está perdido (para lo común perceptible, para los quehaceres cotidianos), aun aquello que hace incompleto el todo, “sorpresas candidas” del ser. Por sólo un instante y su deseo de prolongación.

Quiero “mi gato y el mito”, leemos en un verso de Cardoza y Aragón. Con gatos y sueños, que son mito y son realidad, esta primera sección la cierra desde su sosiega sabiduría el maestro Antonio Deltoro en dos poemas *muy suyos*, es decir, donde en su propio espacio de intimidad otras sutilezas domésticas cobran la forma de una mullida almohada de funda blanca –“concha que despierta de noche”– y los gatos “viajan en sillones desfondados” sus sueños de opio. Cada ser, cada cosa, cada suceso que constata la concreción de nuestra existencia, parece decirnos Deltoro, al final se disolverá en un paisaje onírico.

Ricardo Piglia, en sus “Tesis sobre el cuento” (de su libro *Formas breves*), plantea que en todo cuento siempre se narran dos historias, es decir, aquella visible y previsible en una anécdota relatada en primer plano y aquella subyacente, una intriga oculta: no un sentido oculto para ser interpretado, sino una historia en clave de enigma vuelta paradoja mientras se va entramando en los intersticios de la anécdota. La sorpresa resultante, cuando emerge la paradoja de esa “narración cifrada”, es la que nos impacta a los lectores. Pues bien, en los cuentos que hemos antologado en el dossier **Tinta en alas de papel** nuestras autoras invitadas no sólo rinden magistral homenaje a esa forma primordial de ficción que apareció como una de las formas más refinadas de la revolución cognitiva (lenguaje-pensamiento) en aquellos sapiens ancestrales de que habla Harari, sino además, desde las particularidades de sus propias maneras de contar historias, nos ofrecen una visión reflexiva plena de ternura pero sin empalagosos edulcoramientos, y por lo mismo revelándonos sin concesiones, como el relámpago de Heráclito, lo oculto, lo secreto, lo desconcertante y aun lo siniestro de la condición humana. Condición humana de la cual no dejamos de descubrir matices, aristas, claroscuros. Los cuentos de nuestras autoras son una “iluminación profana” (Piglia con Rimbaud). Más que coincidencias, preocupaciones e

intereses en que convergen –que son importantes, cómo no–, nos revelan conexiones vitales: los sueños y los anhelos, la infancia con sus intuiciones y entusiasmos pero también con sus temores, las mujeres y su erotismo y su desconcierto, los hombres y sus debilidades, las transgresiones opuestas a las condicionantes sociales y culturales, las soledades, las ojerizas y su mala leche; los gatos, las tortugas, los delfines, los perros y todos sus símbolos; una canción hippie y un volcán que nada tienen que ver... o eso parece. Éstos son apenas algunos esbozos de la riqueza narrativa de Adriana Díaz Enciso, Carmen Boullosa, Tanya Huntington, Ana Clavel, Rosa Beltrán, Bárbara Jacobs, Ana García Bergua y Raquel Castro, escritoras ya con un lugar indiscutible en la literatura mexicana, una muestra significativa de la fuerza del cuento mexicano escrito por mujeres.

Aunque pertenecientes a generaciones distintas, nuestras invitadas de un modo y otro siguen abriendo surcos en donde las nuevas generaciones de escritoras están germinando y floreciendo. No obstante, en los anales de la historia de la literatura en México todavía hay mucho por hacer en lo que se refiere al trabajo de las mujeres. Si tan sólo miramos hacia el horizonte temporal de entresiglos XIX y XX, a poco más de cien años hoy todavía nos encontramos con serias dificultades, algunas de distinta índole a las de aquella época y otras no tanto, para que sin cortapisas se les reconozca a las escritoras su trabajo y se justiprecie su obra. En lo que al cuento mexicano se refiere, sea también éste un homenaje a las escritoras que enfrentaron vicisitudes de todo tipo, desde el tener que ocultar su identidad para no perjudicar la imagen de padres, hermanos, esposos, amantes, hijos, maestros, jefes, y aun cuando fueran mujeres con estudios y que participaran de la vida cultural y hasta política del país. Ellas, las pioneras de nuestra modernidad literaria, que enfrentaron obstáculos para escribir, publicar y difundir su obra sin que quedara como un mero entretenimiento casero o por “puro amor al arte”. Ellas y cada una de quienes ya en pleno siglo XX, tanto quienes integraron las generaciones de Medio Siglo y de Casa del Lago, como quienes se fueron por la libre, todas a su vez barbecharon la tierra para que nuestras autoras hoy, nuestras contemporáneas de ya bien entrados como estamos en el siglo XXI, continúen floreciendo... pese a y contra remisos.

Neptuno alegórico está preñado de conmemoraciones. No puede ser de otra manera: en *Inundación Castálida* no dejaremos de rendir honores a quienes con su obra nos nutren y son parte de nuestra identidad. Para ello, esta vez recorren la cortina del alegórico escenario Erik Castillo y Rebeca Barquera, críticos especialistas en artes plásticas, con quienes celebramos el primer centenario del movimiento muralista mexicano. Mientras Castillo nos traza una línea originalísima de antecedentes de la pintura mural mexicana al desentrañar genes y raíces en nada

menos que el Romanticismo –cuando suele pensarse en ello en términos de la Revolución Mexicana y sus principios de identidad nacional–, con Barquera, guiada por las instrucciones, ¡un cuento!, de Julio Cortázar, especialista en subir escaleras, nos desplazamos peldaño a peldaño en uno de los más emblemáticos edificios de la capital del país, patrimonio cultural: el Antiguo Colegio de San Ildefonso, escenario donde se materializó nuestro muralismo.

Con Eduardo Mosches, por otra parte, entonamos una elegía por la recientemente fallecida Francesca Gargallo, amada hija de Eolo cuya barca siciliana en tormenta fue acogida por Ehécatl, por igual amada hija adoptiva, al encallar en Abya Yala. Oswaldo Estrada nos abstrae del mundanal ruido ambiente para, con serena atención, escuchar la música y los murmullos de la lucha por la vida y la muerte que emergen de la obra de Juan Rulfo. J.M. Servín nos recuerda el centenario del natalicio de Jack Kerouac, el *hipster* original –nada que ver con los así llamados hípsters de hoy–, y por un momento nos lleva de aventón a las estridencias existenciales del *on the road*. Seres de extremos que somos, Héctor Iván González nos transporta luego, recobrado el aliento, al introspectivo “mundo de ensoñaciones e imagerías, trocando la realidad por símbolos” de aquel *enfant chétif* que, ya adulto, se convirtió en uno de los artífices de la literatura mundial moderna: Marcel Proust, cuyo aniversario luctuoso conmemoramos tomando *madeleine* con té en un jardín del barrio de Auteuil, entre repiques de campana y aromas de madera recién barnizada.

En **Diversa de mí misma**, Daniel Rodríguez Barrón, Luis Ignacio Sáinz y Luz de Lourdes García Ortiz acometen la misión de descifrarnos algunos de los misterios –otra vez, bajo el relámpago de Heráclito– de tres maestros de las artes plásticas actuales: Rafael Cauduro, Antonio López y Juan José Zamarrón. Por su parte, Benjamín Muñoz Velázquez y nuestra directora Moramay Herrera Kuri, a propósito de los cincuenta años cumplidos de la cantante y escritora, nos acercan a Concha Buika: una Chavela que ríe y ha aprendido a dejar de vivir del miedo. Cierran nuestra sección miscelánea Carlos Miranda, quien, memorioso, hace una elegía por la última cantina auténtica de la colonia Del Valle: el Salón Martell; y Paola Tinoco, quien nos reseña dos novedades literarias que nos llegan desde Mitteleuropa.

Finalmente pero no menos importante, tenemos una noticia que nos llena de alegría: estrenamos una nueva sección: **De la tierra nacida sombra**, dedicada al arte de la fotografía. La inaugura Olmo Ayala Armenta con una serie de imágenes de Ciudad de México en donde, entre otras cosas, nos muestra que el recuerdo o el sueño de la gran metrópoli del país es en blanco y negro, quizá porque es una ciudad-inframundo donde el Hades y el Mictlán entrecruzan corredores secretos... a ras de pavimento, a plena luz del día. ●